

LA CULTURA, EN LA GLOBALIZACIÓN

Martes 18 de Marzo de 2003, Diario Clarín, Año VII, Nº 2542

La comunicación de sociedades y mercados provoca desde la universalización de las industrias culturales hasta particularismos y regreso a los orígenes

Edgar Morin

La historia de la era planetaria, que tuvo su punto de partida a comienzos del siglo XVI, produjo durante el siglo XX una realidad transcultural, nacida de las comunicaciones entre diferentes sociedades.

Este proceso continúa y se manifiesta con los siguientes rasgos:

La formación de una cultura transnacional o planetaria gracias a la conexión, progresiva y todavía desigual, entre las obras de los distintos países. Tal como había previsto Karl Marx, “las literaturas nacionales y locales hacen surgir una literatura universal”. Las músicas occidentales encuentran intérpretes en todos los continentes y Europa se abre a las músicas del Oriente árabe, de India, China, Japón, América latina, Africa.

Por cierto, esta nueva cultura mundial todavía está confinada a esferas restringidas, pero su desarrollo, que constituye un aspecto significativo de la segunda parte del siglo XX, continúa.

La filosofía occidental ve disminuir su carácter hegemónico y monopolista, aunque todavía no se manifiesten los grandes encuentros y las grandes simbiosis entre las filosofías.

La universalización de la cultura industrializada y mediática, con su carácter esencialmente ambivalente. A lo largo del siglo XX, la aparición del cine, la prensa masiva, la radio y la televisión provocó el desarrollo de la comercialización de la cultura con la división del trabajo, la normalización del producto, la cronometrización, la búsqueda de rédito y beneficio. Pero la industria cultural no puede eliminar la originalidad, la individualidad, el talento. Aunque una película se proyecte siguiendo ciertas recetas convencionales, debe igualmente tener su personalidad, su originalidad, su unidad.

En todo lo relativo a la industrial cultural hay conflicto y a la vez complementariedad entre

creación y producción. Es evidente que determinadas obras son chatas, estereotipos, estándar. Otras en cambio poseen algo que transforma el estereotipo en arquetipo casi mitológico.

Un género como el western tiene su fuerza en el carácter mitológico o arquetípico de la Conquista del Oeste vivida como la epopeya singular de la fundación de la ley en un mundo sin ley, de la introducción de la justicia donde reina la violencia. El filme de samurais nos muestra la lucha épica del caballero solitario por la justicia y el bien. De ese modo, autores como John Ford o Kurosawa realizaron verdaderas obras maestras.

Un folclore planetario que se constituye y se enriquece con nuevas integraciones y nuevos encuentros. Este folclore difundió en todo el mundo el jazz, ramificado en estilos diversos a partir de su origen en Nueva Orleans, el tango nacido en un barrio porteño de Buenos Aires, el mambo cubano, el vals vienés, el rock estadounidense que a su vez produce variedades diferenciadas en todo el mundo. Integró a Ravi Shankar, con su cítara, el flamenco andaluz, la melopea árabe de Oum Kalsoum, el huayno de los Andes.

La sucesión de cruces y simbiosis transculturales. En sus orígenes, el jazz era un híbrido afroamericano, producto singular de Nueva Orleans, que se difundió en Estados Unidos sufriendo múltiples mutaciones, sin que los nuevos estilos hicieran desaparecer los estilos anteriores. Se convirtió así en una música tanto negra como blanca, escuchada, bailada y disfrutada también por los blancos. Posteriormente, como consecuencia de los encuentros del rhythm & blues, apareció en Estados Unidos el rock en el ámbito de los blancos, pero más tarde se difundió en el mundo entero.

Los regresos a los orígenes y la regeneración de las singularidades. Paralelamente a los procesos que señalamos, en todas partes tiene lugar un regreso a los orígenes, como reacción contra los riesgos de pérdida de identidad y autenticidad. También este aspecto es particularmente visible en el campo de la música. Justo cuando estaba por desaparecer, el flamenco fue resucitado por las generaciones jóvenes, y el mercado internacional del disco y el espectáculo favoreció dicha resurrección.

Es al mismo tiempo un ejemplo de regreso a los orígenes y de hibridación, dos procesos

aparentemente antagónicos pero en realidad complementarios. Por doquier, las jóvenes generaciones se dedican a preservar músicas, instrumentos y cantos tradicionales. De ese modo, las culturas singulares resisten y se defienden.

Tal es la paradoja del siglo XXI, que al mismo tiempo conserva y abre las culturas. Este hecho, por lo demás, no tiene nada de innovador: en el origen de todas las culturas, incluidas las que parecen más particulares, tenemos encuentros, asociaciones, sincretismos, hibridaciones. Todas las culturas tienen la posibilidad de asimilar lo que en un primer momento les es ajeno, al menos en cierto umbral, que varía según su vitalidad, y más allá del cual son ellas mismas las que se hacen asimilar y/o desintegrar.

¿Cómo integrar sin desintegrar? El problema se plantea de manera dramática para las culturas arcaicas, como la de los Inuit. No sólo habría que hacerlos partícipes de las ventajas de nuestra civilización —salud, técnicas, comodidad— sino también ayudarlos a conservar los secretos de su medicina, de su shamanismo, de sus prácticas de caza y sus conocimientos de la naturaleza.

Es evidente que el desarrollo actual de la globalización cultural es inseparable del desarrollo mundial de las redes mediáticas y la difusión mundial de los modos de reproducción y que Internet y las modalidades multimedios ampliarán esos diferentes procesos que mencionamos.

No creemos que el libro vaya a desaparecer, y tampoco el cine. Probablemente habrá un retorno a uno y a otro, el primero en la intimidad de la meditación, la soledad, la relectura y el segundo en la comunicación de las salas oscuras.

Copyright **Clarín** y **La Stampa**, 2003.

Traducción de **Cristina Sardoy**.